

LA LUNA.

¡Con qué tristeza sube de los mares
 Esa luna magnífica y radiosa!
 Baña las olas con sus luces bellas,
 Esta peña, esta playa silenciosa,
 Y mi triste semblante: las estrellas
 A distancias enormes la acompañan
 Semejantes á pálidas centellas.
 Todo en este lugar convida y mueve
 A suscitar recuerdos en el alma:
 La soledad, la noche, el aire leve;
 La silenciosa luna, el mar en calma,
 Y aquella triste y solitaria palma.
 ¡Oh reina taciturna de la noche,
 Consuelo del viajero y del amante!
 Al ver mis ojos esa luz serena,
 La mente se arrebató delirante,
 Y recorre, afligida de su pena,
 Vastos desiertos, montes y bajíos,
 Mares inmensos, lagos solitarios,

Selvas calladas y soberbios ríos.
 Tú viste la catástrofe tremenda
 Del mundo primitivo, cuyos mares
 Estruendosos, saliendo de sus lechos,
 Sepultados dejaron grandes bosques
 De palmas antiquísimas y helechos,
 Y de árboles sin número, que el sabio
 Absorto mira, enmudecido el labio.
 Allá también en un olvido triste
 Descansando hoy enormes mastodontes,
 Lagartos y elefantes colosales
 Que arrebatados de las olas viste
 Soterrados quedar confusamente
 En medio de montones de animales.
 Siglos después estáticas te vieron
 Heliópolis, Palmira y Ecbatana,
 Y la famosa Tebas de cien puertas,
 Último esfuerzo de soberbia humana.
 ¡Cuántas veces bañó tu luz tranquila
 Sus palacios y templos y colosos,
 Sus altas torres y anchurosos muros,
 Sus ciudadelas y profundos fosos!
 Más hoy qué diferentes aparecen
 En medio de las vastas soledades,
 A tu luz celestial esas ciudades,
 Que hechura de gigantes me parecen!
 ¿Dónde estuvieron sus ruidosas plazas?
 ¿En dónde están sus reyes y su gente,

Y tanta vanidad y tanta gloria?
 Todo pasó cual rápida corriente,
 Y apenas queda su fugaz memoria.
 En las noches brillantes y serenas
 La víbora se enreda en sus columnas,
 O ciñe las estatuas eternas
 Cuando te vé salir de las lagunas
 O de los erizados espinales.
 El insecto contempla tu belleza
 Entre los cardos y verbena ruda
 Que nace en la arruinada fortaleza;
 Y el pájaro nocturno en su tristeza
 Desde el roto obelisco te saluda.
 Enterrados de Egipto en las arenas
 Miras los templos de Memnon y Osiris,
 Los enormes esfinges destrozados,
 Los inmensos y tristes propileos,
 Las tumbas de monarcas ignorados
 A pesar de sus grandes mausoleos.
 ¡Miserables pirámides fastosas,
 Menos soberbias que los vanos reyes,
 Cuyo polvo empañó sus anchas losas!

Ese disco tristísimo que incierto
 Entre las nubes lánguido se asoma,
 Ayer iluminó con rayo muerto
 El lago solitario de Sodoma.
 Brilló también en el glorioso suelo

Donde el Atrida se acampó y Aquiles;
 En donde estuvo la estruendosa Troya,
 Ora morada de ganados viles,
 Ni alumbras ya de esa ciudad, siquiera
 Los escombros del muro y la trinchera.
 Hoy con rayos tranquilos iluminas
 Risueños campos, dulces soledades,
 Lindos arroyos, fértiles colinas,
 Nuevos pueblos y espléndidas ciudades:
 Esta México rica y afamada,
 Esa París gloriosa con su ciencia,
 Y esa soberbia Londres tan hinchada
 Con sus grandes escuadras y opulencia.
 ¡Magníficas ciudades que algún día
 El tiempo ha de asolar á tu presencia!
 Sus pórticos, palacios, coliséos,
 Gimnacios y academias orgullosas,
 Sus grandes bibliotecas y muséos,
 Todo arruinado entre aguas cenagosas
 Servirá de morada en que se oculten
 Verdinegros lagartos y rapozas:
 Y las simples palomas con asombro
 Hacia otro rumbo torcerán el vuelo
 Al ver amontonado tanto escombros.

Allí en el fondo de ese mar que veo,
 Brilló también tu luz encantadora,
 Antes que el Ponto en grande bamboléo

Se volcara en la Atlántida potente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 Quizás ¡oh patria! ha de llegar el día
 Que estallen estruendosos tus volcanes,
 Y que agiten tu atmósfera sombría
 Relámpagos, y truenos, y huracanes.
 Verás ¡oh luna! que la ardiente lava
 Arrasa entonces en su curso undoso
 Los árboles, cosechas y ganados,
 Las ciudades y pueblos abrasados,
 Las cúpulas, los arcos y columnas,
 Los sabios y el ejército valiente.
 ¡Ay infeliz de su angustiada gente!
 ¡Cuántas naciones á su vez pasando
 Envueltas en las olas de la vida,
 En su viaje fatal te iban mirando
 También tú melancólica las viste
 Incensar á sus sátrapas y reyes,
 O bien oyando autoridad y leyes,
 Correr á hundirse en el sepulcro triste.
 A tu vista pasaban como nubes
 Mil pueblos y monarcas opulentos:
 Pasó Nemrod, Sesostris, y Darío,
 Alejandro y los Césares violentos;
 Y tú entretanto sin cesar rodando,
 De los mares te alzabas bella y pura,
 Y á los mares bajabas, relumbrando,
 O ignorada, tristísima y oscura.

Tú seguirías en lánguida carrera
 Circulando serena en el vacío,
 Al paso que otros reyes y otras gentes,
 A leyes invariables obedientes,
 Irán callendo sobre el polvo frío,
 Como las hojas pálidas del bosque
 Al rebramar el huracán sombrío.
 Ilumina mi lúgubre semblante,
 ¡Oh luna! y ten piedad de mi flaqueza,
 Si acaba así la espléndida grandeza,
 ¿Qué será de esta caña vacilante?

JOSE DE JESUS CUEVAS.

LA ORACIÓN DEL NIÑO.

¡Oh Madre de pureza
 Que cuidas con cariño
 Al inocente niño
 Que te ama con fervor!
 Sofoca de mi pecho
 Los malos movimientos
 Y da á mis pensamientos
 Tu virginal candor.

Tú cubres con tu manto
 De estrellas recamado,
 Al niño desolado
 Que gime en la orfandad.
 Al hijo de los reyes
 Y al hijo del mendigo,

A todos presta abrigo
 ¡Oh Madre! tu bondad.

Piedad y larga vida
 Concédele á mi padre;
 Que cuides á mi madre
 Te pido por tu amor.
 Que nunca los pesares
 En vendaval deshecho,
 Derramen en su pecho
 Acíbar de dolor.

De lágrimas es valle
 La vida y de tristura,
 Un valle de amargura
 De cuitas y de horror.
 De abrojos y sin sombra,
 La vida es un desierto! . . .
 A nuestro paso incierto
 Alumbra tu fulgor.

Con fé sella mi frente;
 Dá al pecho dulce calma;
 Y haz brillen en mi alma
 Los rayos de verdad.
 Que no manchen mis labios

Palabras de mentira;
Del corazón la ira
Se aleje y la maldad.

¡Oh, Madrel quién pudiera
Volar al cielo santo
Asido ¡ay! á tu manto
La vida al exhalar!
Queremos ir contigo,
Que es triste aqueste suelo
¡Ah! llévanos al cielo
Tus glorias á cantar!

TIRSO RAFAEL CORDOBA

CONCHA.

Yo soy la linda concha
De plata y nácar,
Qué guardo hermosa perla
Dentro del alma;
Rico tesoro,
Más valioso en el mundo
Que todo el oro.

¿Qué puede compararse
Con la inocencia,
Compañera amorosa
De infancia tierna;
Ángel que al suelo
Para cuidar del niño
Baja del cielo?

Fresca rosa en su caliz
 Guarda escondido
 Embriagador perfume
 Blando, exquisito;
 Y el alma hermosa
 Es del niño inocente
 Como esa rosa.

Ay! perdido el tesoro
 De la inocencia,
 ¿Qué es del hombre infelice
 Sobre la tierra?
 ¿Qué de las flores
 Arrancadas, marchitas
 Y sin olores?

Yo soy la concha bella,
 Yo soy la niña
 Inocente, dichosa,
 Pura y festiva,
 Que sin cuidado
 Oigo bramar las ondas
 Del mar airado.

Soy la blanca azucena
 De grato aroma

Que embalsama las brisas
 Halagadoras;
 Y aún en capullo,
 De amante jardinero
 Formo el orgullo.

Y pues tan afanoso
 Me quiere y cuida,
 Sean para él mis gracias
 Dulce delicia,
 Y nunca el viento
 Me destroce y le cause
 Rudo tormento.

El Angel de la Inocencia.

Á MI HIJA NATALIA.

Anoche, madre,
Tuve yo un sueño
De los más lindos
Y placenteros.

Soñé que andaba
Flores cójiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo lejos
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.

Llega, y absorta
Su faz contemplo,

Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,
Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,
Flotando vaga
Como en el templo
Lijera nube
De blanco incienso.

Y soñé, madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:

“Gracias niña,
¿Por qué tan lejos
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?”

Tu buena madre
 Con afán tierno,
 Te busca inquieta,
 Niña, temiendo
 Que entre las rosas
 Oculto insecto
 Aleve daño
 Te cause fiero;
 O bien que caigas,
 Al ir corriendo,
 En esas ondas
 Del arroyuelo.

Vuelve á sus brazos,
 Vuélvete, y presto
 La dulce calma
 Torne á su pecho.

Yo soy el angel,
 Niña, que velo
 Por la inocencia
 Con amor tierno!"

Dijo así el ángel,
 Y en el momento,
 De nuevo dióme
 De amor un beso,
 Tendió las alas
 Y por el viento

Se fué volando,
 Madre, hasta el cielo!

De gozo llena,
 Seguirle quiero,
 Cuando agitada
 Madre, despierto!
 Al angel busco
 ¡Cuál mi contento
 Es, cuando miro
 Tu rostro bello,
 Tu dulce rostro
 Que es mi embeleso,
 Y es el retrato
 Del que ví en sueños!

MANUEL M. FLORES.

—
EVA.
—

Era la sexta aurora. Todavía
El ámbito profundo
Del éter el *Fiat-lux* estremecía
Era el sereno despertar del mundo,
Del tiempo la niñez. Amanecía,
Y del Creador la mano soberana
Ceñía con gasas de topacio y rosa,
Como la casta frente de una esposa,
La frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera lijera
Las olas de oro de la luz primera.
Y levantando púdica su velo
Gentil la Primavera,
Al ostentar magnífica sus galas,
Iba en los campos vírgenes del suelo
Regando flores al batir sus alas.

Opulentas cascadas de verdura
Tapizaban soberbias los barrancos,
Y eran su espuma caprichosa y rica
Rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque, presintiendo el día,
Llenaba su follaje de rumores;
Flotaba en el espacio la armonía,
Y la colina desbordada en flores;
El agua alegre, juguetona, huía
Entre cañas y juncos tembladores,
Y de la aurora bajo el ancho velo
Se besaba la tierra con el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
De los ríos, las fuentes y los mares,
Juntándose amorosas, preludiaban
Un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
Se exhalaba de todas las corolas.
Vagarosos los tímidos cefiros
Al rumor de sus alas ensayaban
Un concierto de besos y suspiros;
Y cuantas aves de canoro acento
Se pierden en las diáfanas regiones,
Desatando el raudal de sus canciones
Inundaban de músicas el viento.

Era la hora nupcial. Naturaleza,
De salir del caos aún deslumbrada,

Ébria de juventud y de belleza,
 Virginal y sagrada,
 Velándose en misterio y poesía,
 Sobre el tálamo en rosas de la tierra
 Al hombre se ofrecía.

¡El hombre! Allá en el fondo
 Más secreto del bosque, do la sombra
 Era más tibia del gentil palmero,
 Y más mullida la musgosa alfombra,
 Más tupidas las flores
 Y más rico y fragante el limonero;
 Y llevaba la brisa más aromas,
 La fuente más rumores,
 Y cantaban mejor los ruseñores,
 Y lloraban más dulce las palomas;
 Do más bello tendía
 Sus velos el crepúsculo indeciso,
 Allí el Hombre dormía,
 Aquel ere su hogar, el Paraíso.

El mundo inmaculado
 Se mostraba al nacer grande y sereno.
 Dios miró lo creado
 Y encontró que era bueno.

Bañado en esplendor, lleno de Aurora,
 De aquel instante en la sagrada calma,
 A la sombra, dormido, de una palma
 Estaba Adán. Su frente pensadora,

Su noble faz augusta de belleza
 En medio de su sueño se cubrían
 De una vaga tristeza.
 Oreaba sus cabellos el cefiro;
 Blandamente su pecho respiraba,
 Pero algo como el soplo de un suspiro
 Por su labio pasaba.
 ¿Padecía?... ¡Quizás!... En su retiro
 Sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primero, y ya su labio
 De la existencia en el primer momento
 Bosquejaba la voz del sufrimiento.
 La inmensa vida palpitaba en torno;
 Pero él estaba solo... El aislamiento
 Trasformaba en proscrito al soberano...
 Entonces el Señor tendió su mano
 Y el costado de Adán tocó un instante...

.....

 Suave, indecisa, sideral, flotante
 Cual lijero vapor de las espumas,
 Cual casto rayo de la luna errante
 En un jirón perdido de las brumas;
 Cual nacida del caliz de las flores,
 Con sus pétalos hecha y sus colores,
 Viviente perla de la aurora hermosa,
 Lampo de luz del verdadero día

Condensado en la forma voluptuosa
De un nuevo ser que vida recibía,
Una blanca figura luminosa
Alzóse junto á Adan . . . Adan dormía.

La primera mujer . . . Fúlgido cielo
Que bañó con su lumbre
La mañana primer de las mañanas,
¿Viste luego en la vasta muchedumbre
De las hijas humanas,
Alguna más gentil, más hechicera,
Más ideal que la mujer primera? . . .

La misma mano que extendió los cielos
Y los alumbró con auroras bellas;
La que salpica los etéreos velos
Con rocío de estrellas;
La que viste de azul los horizontes,
Los campos de esmeralda,
Y de nieve la cumbre de los montes
Y de verde oscurísimo su falda;
La que hace con el iris esplendente
Diademas al magnífico torrente
Que su raudal de plata
Entre nube de espumas
Desborda en tormentosa catarata;
La que toma del iris los colores
Para con ellos colorar las plumas
Para con ellos matizar las flores;

La mano que en la gran naturaleza
Pródiga vierte perennal hechizo,
La del eterno Dios de la belleza,
¡Oh primera mujer . . . esa te hizo! . . .

La dulce palidez de la azucena
Que se abre con la aurora,
Y el blanco rayo de la luna llena,
Dejaron en su faz encantadera
La pureza y la luz. Los frescos labios,
Como la flor de la granada, rojos;
Esa luz, que es un sol para las almas
En la limpia mirada de los ojos;
Y por el albo cuello,
Voluptuoso crespón de sus hechizos,
La opulenta cascada del cabello
Cayendo en ondas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
Su labio sonreía,
Su aliento perfumaba,
Y el mirar de sus ojos encendía
Una inefable luz, que se mezclaba
Al albor del crepúsculo indeciso . . .
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica la vida
Se agitaba dichosa:
Naturaleza toda, palpitante,
Cebía sus contornos voluptuosos:

Las hojas la cantaban
 La canción del susurro melodioso,
 Al compás de las fuentes que rodaban
 Su raudal cristalino y sonoro:
 La arrullaba la brisa con rumores,
 Su cabello empapaba con aromas,
 Y trinaban mejor los ruiseñores,
 Y lloraban más dulce las palomas,
 En tanto que las flores
 Húmedas ya con el celeste riego,
 Temblando de cariño á su presencia
 Su pié bañaban de fragante esencia
 Y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía;
 Y á la plácida sombra del palmero
 Tranquilo Adán dormía.
 Su frente majestuosa acariciaba
 El ala de la brisa que pasaba,
 Y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba,
 Sobre el inquieto corazón las manos,
 Húmedos y cargados de ternura
 Los ya lánguidos ojos soberanos.
 Y poco á poco, trémula, agitada,
 Sintiendo dentro el seno comprimido
 Del corazón el férvido latido;
 Sintiendo que el aliento que salía

Del labio abierto del gentil dormido
 Abrasándole el suyo, la atraía,
 Inclinóse sobre él...

Y de improviso
 Se oyó el ruido de un beso palpitante,
 Se estremeció de amor el Paraíso!...
 Y alzó su frente el sol en ese instante.

INDICE.

	Págs.
MANUEL CARPIO.—Biografía.....	5
La inmensidad de Dios.....	14
Castigo de Faraón.....	18
Paso del mar rojo.....	26
El monte de Los Olivos.....	33
Al nacimiento de la Virgen.....	38
La muerte del Redentor.....	41
Camino del Gólgota.....	46
La Virgen al pié de la Cruz.....	53
México.....	58
Al río de Cosamaloapam.....	68
Napoleón en el mar rojo.....	69
La luna.....	72
JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—La oración del niño.....	78
TIRSO RAFAEL CÓRDOBA.—Concha....	81
El ángel de la inocencia.....	84
MANUEL M. FLORES.—Eva.....	88